

GIAMBATTISTA VICO: SITUACIONES, MOMENTOS Y ACTUALIDAD DE LA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA

Jorge Velázquez Delgado

Abstract: I will start narrating my personal experience about my approach of the political philosophy of Giambattista Vico. I found that his categories and concepts contribute in the comprehension about the historic condition of the Latin American reality. In this way they constitute a substantive part of the way in which happens, through critic history, the historic re-construction of this reality. In fact, Latin American history presents itself in the form of a continuous reconfiguration of utopian ideals aimed to recognize dignity of human being through the possible exercise of a *paideia* that we can define as “liberating”.

Keywords: Barbarism, Heroic mind, Baroque, Crisis, Heroic wisdom.

* * *

Si no me falla la memoria, recuerdo que hacia el año de 1977 leí por vez primera buena parte de la *Ciencia Nueva* de Giambattista Vico, en la edición de 1973 de la casa editorial Aguilar y presentada en cuatro volúmenes. Le experiencia fue – d evidentemente – verme envuelto, al igual que José Ortega y Gasset, en los laberintos de un caos; por no estar acostumbrado a un tipo de discurso que en el fondo nos sonaba arcaico e incomprensible dado que en nosotros predominaba el marxismo, la filosofía analítica y las inquietudes de la filosofía latinoamericana, entre otras que trataban de imponerse en ese pequeño universo que era nuestra entrañable Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero desde ese entonces a esta fecha la filosofía de Giambattista Vico nunca dejó de ser un vivo aguijón presente en mi memoria.

Posteriormente y al paso del tiempo debo decir que he tenido la enorme fortuna de conocer a los más inquietos representantes vivos de una filosofía que ha dejado enorme huella en mi existencia y a quienes debo, entre otras tantas cosas, la imborrable huella de la amistad y profundo interés por difundir una filosofía que a pesar de los siglos de alguna manera continúa ocupando un lugar marginal en las producciones filosóficas del presente siglo. Mismo que contiene resabios de un tiempo que se niega a ser simple y olvidable pretérito. Esto es, de inquietudes y propuestas de la inconquistable y rebelde modernidad de la cual – por cierto, y a mi entender –, la filosofía de Vico pretendió ser parte de ella, a pesar de haberse adelantado con mucho a las más brillantes ideas de Voltaire, Rousseau, Condorcet, Kant, Hegel y Marx, entre otros insuperables titanes de la Ilustración.

Pero tal vez desde aquel año en el que cursaba las últimas duras y atormentadas enseñanzas de la filosofía como un simple estudiante, algo quedo en mí al preguntarme si era posible aplicar o incorporar un sistema de reflexión como el de Vico o de cualquier otro filósofo más o menos reconocido o marginal, a una realidad como es la latinoamericana. Introduciendo de esta manera los cuestionamientos de su mundo, así como sus sistemas o redes conceptuales en una realidad tan –aparentemente– distante y ajena a los duros esquemas y sistemas de las filosofías occidentales: desde Platón a Habermas. Pasando, evidentemente, por Marx y todo el marxismo.

Desde cualquier punto de vista la tarea se antoja desmesurada. Pero, por lo que entiendo esta ha sido – desde Fray Bartolomé de Las Casas a nuestros días – la condición “tópica” de

la filosofía latinoamericana. Es decir, es nuestra más radical “certeza política” al estar entrampados en una sucesión de tiempos “ferinos”: del Descubrimiento y la Conquista a las interminables incursiones de las potencias imperialistas y al papel que jugamos en el sistema global de reproducción capitalista. Tiempos en los que ha predominado y predomina el «barbarismo de la reflexión» de las naciones del Norte europeo.

A diferencia de las ideas y sistemas filosóficos que van de los presocráticos a este nuevo siglo que continúa siendo – paradójicamente – parte del dramáticamente largo siglo XIX, la llamada condición “básica” de toda esta metafísica es, de acuerdo con lo que plantea Vico, parte de la reconocida triada a partir de la cual el hombre se constituye como el ser de la historia que es. Dicha triada consiste en los mitos originarios que parten de la relación entre Dioses-Héroes-Hombres. En el caso de la tradición judeo cristiana tal condición básica y, por lo mismo, posibilitante para pensar las cosas del hombre, parten de la idea que de Dios se ha forjado el hombre europeo en particular. Idea a través de la cual se habla del hombre humanizado¹. Los “acontecimientos” que guían y definen el desarrollo histórico de todas estas filosofías, son ampliamente conocidos y constantemente referidos a través de sus respectivos sistemas; o por los diversos modos de representación de las ideas filosóficas que han llegado a nosotros con el invaluable legado humano que contienen.

Por lo que respecta a la filosofía latinoamericana su origen es radicalmente diverso y comprensible exclusivamente en términos de lo que reconocemos como un tremendo acontecimiento consistente en la llamada «violencia originaria». Es decir, el proceso histórico que parte del Descubrimiento de América, la Conquista y Colonización por los imperios europeos que se han disputado y continúan disputando las riquezas de estas tierras. Es verdad que al igual que cualquier otra forma de pensar las cosas de la historia, las cosas del mundo han cambiado mucho y radicalmente. Sin embargo, lo que se tiene es una larga experiencia en la cual en estas tierras se ha gestado una enorme experiencia cultural y filosófica que no ha sido objeto de un merecido y fuerte reconocimiento. Cuestión que, por diversas razones y motivos, no debe preocuparnos. Pues a fin de cuentas el reconocimiento no depende de gracia o concesión alguna, sino de la lucha que por el mismo se emprenda.

Y si hoy la filosofía de Giambattista Vico tiene notable presencia para la comprensión de las cosas de este mundo, ello se debe al trabajo y esfuerzo de sus más notables promotores. Tanto los que habitan en las penínsulas itálica e ibérica como entre los que de este lado del Atlántico nos hemos sumado a dicho esfuerzo. Mismo que sólo puede ser comprendido de acuerdo con el lenguaje viquiano, como una caterva de hombres que pretenden establecer los nuevos términos para la configuración de la «mente heroica» de estos tiempos de crisis civilizatoria. O menguante de la cultura occidental o del lado Norte del Atlántico europeo.

¹ En su sentido más amplio lo que se entiende por filosofía básica es – con base a lo que Romei Capdevila escribe al respecto de la filosofía de Heinrich Rombach –, el hecho que: «Cada época y cada pueblo tiene su filosofía básica, esto es, posee unas estructuras fundamentales propias, y esta filosofía básica no sólo se expresa en los conceptos y palabras, sino en los modos de vida creativos y en las estructuras básicas» (H. Rombach, *El presente de la filosofía. Los problemas fundamentales de la filosofía occidental y el estado actual de las cuestiones filosóficas*, Barcelona, Herder, 2007, p. 18). Por su cuenta Rombach afirma que la filosofía: «no depende de una concordancia directa con la realidad, como sucede en el conocimiento científico. En relación con la totalidad no existe “realidad inmediata”, sino que ésta depende siempre de la interpretación del hombre y de su época. Su interpretación de la realidad está íntimamente ligada con la interpretación de sí mismo y del origen [...]. La filosofía básica no proviene de plumas y tinteros sino de la vida. Ella comprende las “experiencias básicas” que son comunes a una comunidad vital histórica y que son más profundas que las experiencias individuales [...]. La filosofía básica se elabora a partir de las circunstancias vitales, de las situaciones de emergencia y de los descubrimientos salvadores de un pueblo; y se expresa en su forma de vida fundamental, en su modo de trabajar, en sus herramientas y en sus gestos elementales» (Ivi, pp. 23-24).

Cultura que hoy muestra su «profunda infecundidad» en la medida en que ha sido subsumida por el americanismo como la verdadera civilización del siglo XX.

Ahora bien, parafraseando a José Ortega y Gasset quien al pretender develar al ser español y su cultura, irónicamente habló del supuesto «logos del Manzanares». En tierras latinoamericanas sus pretensiones filosóficas en general han recaído, de acuerdo con su indeclinable derecho a desplegar espacios y tiempos de identidad propia, en el interés de develar los arcanos de su laberíntico logos y el misterio profundo de su incomprensible e impenetrable soledad histórica que jamás adquiere sello de reconocimiento universal. Al estar entrampada en los caprichos civilizatorios y narcisistas de las potencias europeas. Si se quiere decir las cosas de otro modo y ampliando esto a la cuestión de la filosofía hispánica, lo que se observa es el hecho que al ser lanzados a la melancólica hazaña de buscar nuevos mediterráneos, hemos quedado encallados en playas que no logran ver los puentes del Támesis, del Rin, del Sena o de New York. Es decir, que hemos estado en medio de una danza de desarrollos modernizadores que – olímpicamente – terminan en rotundos fracasos. Mostrando siempre lo que se sostiene es la más impenetrable e incomprensible realidad latinoamericana. Misma que la barbarie de la reflexión occidental somete a través de diversos modos de dominio. Entre los cuales las tareas y empresas del pensamiento no han sido ajenas.

Así, a través de los siglos la especificidad de la filosofía latinoamericana ha radicado en múltiples intentos por modificar nuestra propia mente humana. Estableciendo para tal fin criterios para pensar cómo hemos llegado a ser lo que somos. En tal sentido en general las filosofías que aquí se han generado y promovido – en su amplia y compleja variedad – a duras penas, entre propios y extraños, participan de la irrenunciable lucha por emancipar a los pueblos localizados en este lado del planeta. Lo que se advierte a través del despliegue de dichas filosofías es algo más que una desbordante imaginación, al ser a la vez el nítido reclamo de métodos que tienden a establecer los términos y fines para la comprensión y reconstrucción de una realidad histórica que al parecer es ajena a los famosos caprichos de Occidente.

Es claro que el mayor problema que se tiene para formular un proyecto para el reconocimiento del conjunto de filosofías de habla hispana es, en primera instancia: el denso y espinoso asunto del reconocimiento de nosotros mismos más allá de la existencia de una lengua común. La cuestión de los límites geográficos y líneas imaginarias de la historia de lo político entre nuestras respectivas naciones tiene su propio peso; al igual que la memoria y la mezquindad de los nacionalismos y tradiciones intelectuales y académicas. Por ello, lo único que exportamos y admiramos en «nuestra propia barbarie reflexiva», es el mar de la impresionante variedad de imaginarios. Que en general se remontan a lo que valoramos como nuestras más profundas raíces o entidades imaginarias que – supuestamente – han templado y modelado nuestro carácter e irrevocable y trágico espíritu utópico, como es la de la triste figura de aquel inmortal personaje de la Mancha.

O bien, que en nuestra caterva de infaltables e invaluablees hombres de “ingenio”, que no se entiende como el sustento de una racionalidad optimista y triunfante, motivada por los afanes del conocimiento humano traducido en infinidad de logros científicos y tecnológicos; pero sobre todo por el lucro y la codicia característica en los procesos de acumulación capitalista; sino como parte de un duro e indomesticable espíritu de resistencia más avocado a la sobrevivencia y al barroquismo como expresión y experiencia crítica a dichos logros y a tales procesos de acumulación capitalista.

Si el referente central de toda crisis civilizatoria es la “confusión” y su preclara proyección en irracionalismo, montada en este caso en un insípido cinismo motivado por sus propios excesos y límites en el cada vez más amenazante narcicismo de las naciones y sus desplantes fascistoides, lo que se ven son desesperadas fuerzas recurrentes que en este caso – tal y como ocurrió con la efímera globalización y la desdichada posmodernidad que trataban de echar mano al impulso de unidad global de temperamento unipolar –, su inocultable nihilismo quiere ser el motor de un despiadado irracionalismo en el cual las cosas del mundo que nos rodea, pierden su sentido. En esto radica la infecundidad de un pensamiento que trata de reducir todo a su más radical relativismo.

Sin embargo y de acuerdo con esto último, en el referido pensamiento hispanoamericano las cosas necesariamente no han ocurrido de tal modo. Esto se explica por una simple razón: que tal crisis civilizatoria lo primero que ha puesto en cuestión es a la propia identidad del ser europeo. Más concretamente: la identidad del “buen europeo”. Lo que es puesto de este modo en la palestra de la historia reciente es la identidad – aparentemente – insuperable desde sus más extremos radicalismos nacionalistas a sus más cuestionables desplantes narcisistas. Lo que lleva a pensar que la “desglobalización” es la nota desesperada que al abrir una nueva coyuntura histórica en la cual se ha pasado de la lucha de clases a la lucha de identidades. O nacimiento de una nueva etapa histórica de barbarie civilizatoria. En la que los cuestionables valores distintivos y “perennes” del autonombado “buen europeo”, simplemente tienden a derrumbarse como lo que han sido: una quimera. Particularmente cuando eran referidos a la “superioridad” de las razas y civilizaciones que han estado apiñadas al lado Nortatlántico del continente europeo. Que asumían por derecho propio el “derecho de conquista” y derecho a “civilizar” a las demás naciones.

La amenaza de fragmentación es hoy la línea tenue que muestra la pérdida de un referente central para la unidad e identidad nacional y convivencia civilizada en una pequeña parcela de este mundo. Pues el Estado nación ha dejado de ser lo que fue más allá de encarnizada barbarie cargada de violencia y crueldad fratricida. Se ha perdido de esta manera un poder que se pensó intransferible y una centralidad que ha sido trasladada a las grandes mega corporaciones del planeta. Por no hacer mención por enésima vez de las poderosas instituciones globales que controlan realmente la hacienda y vida de millones de individuos que habitamos este mundo. Lo que se tiene es un lamentable cuadro histórico en el que se diluye la autonomía y soberanía del poder político del Estado al ser transferida a dichos poderes facticos que por hoy gobiernan al mundo.

De este modo y una vez que la filosofía política ha cedido sus privilegios al pensar las cosas del Estado reduciendo todo al impecable imperio de lo político, es decir, el abandono de pesar las contradicciones históricas del capitalismo condensadas en el poder y centralidad de la política; dejando hoy todo en conjuntos de simples relaciones de conflicto que en particular no afectan a los intensos procesos de acumulación capitalismo de estos tiempos.

Si se ven las cosas de acuerdo con la valiosa tradición humanista que parte de Fray Bartolomé de las Casas a nuestros días, se tiene que reconocer que el ejercicio del pensamiento filosófico en Latinoamérica no es sólo “derivado” o simple y burda imitación. Por ser la experiencia del válido reclamo crítico a las formas de explotación y enajenación a partir de las cuales se ha desplegado el capitalismo a sus anchas por todo este mundo. Pues desde aquella ignominiosa esclavitud a la actual guerra global del narcotráfico y la estela de corrupción global que requiere al capitalismo para los fines de su reproducción en la que el crimen organizado resulta ser parte sustantiva de la violencia orgánica implícita en dicha reproducción, se advierte que el mundo no ha cambiado sustancialmente nada más allá de

haber trasladado dicha violencia de lo público a lo privado. Pero en la cual todo ello no deja de ser una masa de escándalos públicos en la que los medios de comunicación, como lo que son: parte de la dominación global, cumplen cabalmente su intolerable función al ser magnificada, naturalizada y sublimada violencia de la que han sido objeto miles y miles de víctimas.

Sin dejar de ser de suma relevancia la tradición humanista que marca una profunda línea de continuidad histórica que partiendo del viejo Mundo Antiguo encuentra a su último gran representante en la filosofía de Giambattista Vico, el Humanismo entendido y definido como la inquietud de promover las condiciones históricas para el embellecimiento y la armonía de la vida civil a través de la «presencia de la palabra» como base y fundamento radical de la sabiduría y conocimiento humano, es imposible hablar de la presencia de una lamentable ruptura en la transición que va de ese Mundo Antiguo a la civilización del Barroco, pasando, evidentemente por la medievalidad y el Renacimiento, es el “humanismo moral” lo que mejor identifica a la cada vez más añeja tradición filosófica hispanoamericana. Entendiendo por Humanismo Moral hispanoamericano en primera instancia, la indeclinable lucha por la emancipación de los pueblos marginados y excluidos de la Modernidad. Los famosos pueblos sin historia. O simples conglomerados humanos en los que priva, supuestamente, lo salvaje, la deplorable barbarie o el irracionalismo. Nunca el reconocimiento de una humanidad que contiene en su ser la profunda y radical dignidad al igual que cualquier otro ser humano que ha llegado a formar parte de este planeta.

En tal sentido lo que dicho humanismo implica es la negación de toda forma posible de dominación identificada como vileza humana. En otras palabras: la consistencia de ese humanismo radica en primer lugar en la lucha como resistencia, confrontación y oposición a las formas y métodos vigentes de dominación capitalista que entre otras cosas incluyen la intolerable presencia de la violencia ejercida a través del crimen organizado y su relación con los caprichos del dinero. Pues, como afirman los propios neoliberales, lo que la gente quiere es dinero. Y en esto los fines justifican los medios. En segundo lugar, se entiende como una relación de identidad en la que el marxismo afirmado como movimiento crítico del capitalismo y de las más deplorables tesis eurocentristas, desempeña un papel central. Recordemos que en este lado del mundo estamos arraigados en una periferia aparentemente lejana y ajena de las cosas realmente importantes y trascendentes que ocurren en este mundo.

Si la búsqueda de una identidad propia, auténtica y original que llegue a ser reconocida como todo lo que es y ha sido todo lo que comprende la historia hispanoamericana a partir de una supuesta esencia, tal forma de reflexión no deja de ser parte de una nueva barbarie en cuanto que, siguiendo de este modo lo que presupone la manera de pensar de acuerdo con la filosofía de Giambattista Vico, lo que entendemos y afirmamos es el hecho que el hombre no tiene esencia. Lo que tiene es historia y nada más. Y a través de ésta se hace y deshace. El modo de afectación de todo es despliegue universal de la historia es lo que únicamente debe interesar a tal modo de pensar las cosas de la historia. En dicho sentido no existe, por ejemplo, una filosofía mexicana, francesa, alemana o inglesa. Lo que existe realmente son problemas filosóficos que son abordados desde diversas perspectivas y circunstancias históricas concretas. Generando, en efecto, verdaderos movimientos filosóficos y semilleros de filósofos que responde de este modo a las exigencias de su tiempo.

La historia de la filosofía es así la historia de los movimientos y corrientes filosóficas representadas por enormes personalidades quienes, bajo un determinado momento histórico sobre todo de temple coyuntural, han dado respuesta a los problemas de su tiempo. Hayan

sido estos relativos a las formas específicas del desarrollo del conocimiento humano, desplazamientos teológicos y antropológicos o simplemente a un conjunto de cuestionamientos de orden político referidos a la forma de comportamiento de cierta anomia social. Pero en ningún caso tales respuestas han sido absolutas o deben pasar por tales. Razón por la cual merecen ser categorizadas y sobre todo contextualizadas desde otros horizontes filosóficos.

En el caso de la llamada filosofía latinoamericana, por las condiciones de su especificidad y por la forma en cómo se formulan propuestas y argumentos a sus propios planteamientos problemáticos, las referencias e invitación a ser estudiada, comentada, analizada y discutida debe hacerse con base a el replanteamiento crítico de sus diversos contextos históricos. Que es esto lo que la hace posible, independientemente del reconocimiento del que eventualmente llegue a ser objeto. Es esto lo verdaderamente relevante y significativo en cuanto que, a diferencia de las filosofías occidentales, el pensamiento filosófico latinoamericano, más que vivir parasitariamente a expensas de lo que hacen o dicen los filósofos de esa región europea, o de depender de la nostalgia de un ambicionado e idealizado pretérito que nunca llega a ser futuro, simplemente sigue siendo la experiencia de un pensamiento que asume con la crítica del tiempo, lo que considera es el reclamo del sentido que más que nada tiene que ver con su arraigado deseo e ideal de emancipación.

Sin embargo, el pensamiento latinoamericano – desde su nacimiento, es decir, desde aquel acontecimiento presentado históricamente como violencia fundadora – no ha dejado de ser un pensamiento crítico el cual, entre propios y extraños, no ha tenido el reconocimiento que merece. Pero si la cuestión de la cual depende este pensamiento es el “reconocimiento”, lo mejor que debe hacer es olvidar tales pretensiones en las que lo universal emerge como aquello que realmente ha sido: estrategia fundadora de las potencias dominantes o naciones imperialistas y sus puntos de reproducción periférica². Es decir, los centros en los que las prácticas colonialistas en sus diversas modalidades que incluye al colonialismo mental, es mayor. Convirtiendo al referido narcicismo en la soberbia de un puñado de naciones cuya influencia en la vida intelectual, universidades, centros académicos en los cuales supuestamente se reúne lo mejor del pensamiento científico, artístico y filosófico. Fuera de todo esto, todo es simple periferia y objeto del más deplorable ninguneo.

Pero si los filósofos latinoamericanos e incluso España viven y piensan por y para el reconocimiento y no para la emancipación de nuestras sociedades, dicho pensamiento deviene fracaso en la medida que pierde el sentido de esa larga lucha de la que aquí se habla. Cabe decir que esto no sugiere que el prestigio o reconocimiento intelectual, artístico, científico o filosófico esté en contra de la lucha por el reconocimiento de la dignidad humana de los hombres y mujeres que habitamos este planeta. En tal sentido – insisto – el humanismo latinoamericanista como expresión de la “filosofía del Sur”, continúa siendo el “problema” central de nuestras actitudes y actividades filosóficas.

La cuestión aquí es si la historia tiene hoy otro sentido en esa supuesta marcha hacia su devenir ya no como el camino de la libertad humana que va de Oriente a Occidente. Después de todo se entiende que la tierra es redonda. La paradoja en este andar humano anuncia que la caprichosa astucia de la razón entiende que, al cumplirse y cerrarse prácticamente un largo y penoso ciclo en el cual la humanidad entera en toda esta historia

² Cfr. I. Wallerstein, *Universalismo europeo. El discurso del poder*, México, Siglo XXI, 2007.

no está próxima a reiniciar todo de nueva cuenta. Elevándose de esta manera hacia el feliz reencuentro con la certeza sensible; pues lo que se anuncia es el moderno y poderoso imperio chino.

O bien, que el destino, si es que tal cosa existe, entre pueblos del Norte y del Sur vivirán nuevos tiempos de tensión y confrontación histórica, es decir, el drama de una dialéctica de la historia configurada ahora por las cada vez más marcadas tendencias de una multipolaridad en la que lo fundamental será, más allá de los bloques políticos que se establezcan, la generación de identidades multinacionales. En las que lo mexicano, lo italiano, lo chino, lo cubano, lo español, etc., deja de ser la famosa caja de prejuicios de una racionalidad que continua montada en las cortas premisas de un reduccionismo nacionalista. Simple suma de “perfiles” anacrónicos que no dejan de ser reductos en la de por sí compleja realidad de este siglo.

Desde otra perspectiva la comprensión de la filosofía latinoamericana nunca ha dejado de ser lo que es: modo específico de narrar la historia de los oprimidos, vencidos, derrotados, explotados por estos lares; y a quienes nunca se les ha reconocido cabalmente dado el supuesto derecho que, en sus pretensiones de universalidad, las naciones imperialistas consideran que es “su” derecho a civilizar o a dominar. Por ello, la reconstrucción de la historia de las ideas en Latinoamérica, al ser parte de la crítica de la razón histórica y de la contra-historia, se asume como una contienda humana de más elevados vuelos. Y, en particular: en contra de tal derecho. Por lo mismo, esta filosofía no se refleja ni comparte la leyenda dorada de los pueblos civilizados de Occidente. Pero no niega que, para los fines de su propia reconstrucción histórica, se empleen e instrumentalicen las mismas armas que han dado gloria y fama a esos pueblos a partir de dicha leyenda dorada. No se niega que, para lograr tales fines emancipatorios, se recurra a métodos y categorías de raíz occidental. Razón que lleva a decir que carecemos de verdadera autenticidad y originalidad. Pero bien revisada la historia de la filosofía a través de la problematización de esta, importa decir que ni en la Grecia Antigua y ni en la antigua Roma, así como en el cristianismo como en las más célebres y discutidas filosofías de la Modernidad, han sido «absolutamente auténticas y originales». Es decir, que nacen y se hacen de la nada. Por responder a marcadas e inocultables tradiciones las cuales, a través de sus múltiples modos de narración, enriquecen a la propia filosofía en cada nueva generación. Es esto lo que nos lleva a reconocer que la filosofía participa de este modo del problema de la continuidad histórica. En la cual encontramos desplazamientos y transiciones en los modos de dominación y procesos civilizatorios en los que la filosofía desempeña y ha desempeñado un papel central.

La cuestión aquí no es que esta filosofía pretenda desplazar a todas aquellas que hasta hoy son parte de nuestro invaluable legado histórico. Menos aún es desarrollar o reproducir modelos de dominación. Lo que se quiere es establecer formas de diálogo en los que se superen las tendencias parroquiales de la filosofía o al simple turismo académico intensificado por la globalización. Aquí las lecciones de la historia son de claridad meridiana. Consistentes en observar que hasta ahora más allá de la industria del reclamo, la denuncia y la resistencia no existen bases sólidas y firmes sobre las cuales dialogar y dar continuidad a una inquietud de tal dimensión. De otro modo quedaríamos atrapados en la noria de la historia de la que será muy difícil salir.

Sin la pretensión de exagerar las cosas de este mundo “des-globalizado”, la referida crisis civilizatoria y a casi un siglo de lo afirmado por Spengler, la cuestionada decadencia de Occidente presupone una condición histórica en la cual lo único que es posible afirmar de ella es su insoportable ilegitimidad. En la cual en hoy la barbarie fascista asoma por todos

lados. En Latinoamérica las cosas llevan a suponer que no ocurren de este modo. Pero bien sabemos que esto no es así. Recordemos que para Nuestra América el “malestar” de su historia es y ha sido el Imperialismo en sus diferentes modalidades. Y el “problema” de este tiempo es algo que no sólo nos atañe a nosotros sino a la humanidad entera al ser el fascismo la modalidad de un tipo específico de barbarie para la cual lo único que cuenta es, más allá del maravilloso mundo de las mercancías y de sus exquisitos y reparadores contenidos, la dominación total de un Imperio que hoy vive de la reproducción de sus propios excesos. Es esto lo que se define y entiende por Totalitarismo invertido.³

Si la barbarie es – invariablemente – la condición límite de la experiencia humana, de acuerdo con esta crisis civilizatoria pasamos por otra condición límite en la cual el fascismo muestra nuevamente sus inconfundibles fauces. Esto es reconocido ya por propios y extraños como totalitarismo enmascarado; que es y ha sido lo que básicamente ha permitido el desarrollo de las criticables políticas económicas de corte neoliberal o neoconservadores. Que por cierto abrieron amplios espacios a las filosofías políticas identificadas por el movimiento liberal conservador que fue el hecho tal vez más influyente entre intelectuales y la academia durante las últimas décadas del siglo XX y principios de este siglo XXI. O bien y como ya se menciona es esto lo que se entiende por totalitarismo invertido. Pero: ¿será esta la nueva condición histórica de la humanidad? O estamos en la antesala de un movimiento que definirá de nueva cuenta la condición irredenta e indomesticable del ser humana; en la cual mediante la crítica y la acción buscará redefinir los términos de lo mejor de la tradición liberal y de la experiencia de las diversas filosofías emparentadas con la lucha por el socialismo.

Se piensa por lo mismo que la filosofía latinoamericana es también profesión de fe de un irremediable utopismo de facturación quijotesca e invariablemente circunscrito a las circunstancias y al fracaso o abominable derrota. Que como tal no ha sido nunca más que la suma de ideales e ideas descabelladas propias de la barbarie del llamado buen salvaje, que ha hecho de este mundo el especio de la desmesura, del barroquismo o de fatal resignación estoica, una vez que ha sido sometido por la barbarie reflexiva de la razón colonizadora de la civilización occidental. Lo que ha fin de cuentas caracteriza a dicha filosofía es, como tanto se ha dicho ya, que no pierde la noción del humanismo en sus diferentes manifestaciones histórico-culturales. Razón por la cual se afirma que el Humanismo es y merece seguir siendo el *programa* cultural y educativo para la convivencia civilizada de individuos y pueblos. Y motivo que por el cual no se reconoce como parte de algún sistema de dominación montado en la barbarie. Por muy reflexiva que sea.

Importa mucho entender que con base a la tradición intelectual y filosófica a la que se adhiere este humanismo, no se le asignan duras pretensiones “objetivistas”, por pensarlas como excesos y producto de cuestionables modas “epistemológicas”. Algo que, contradiciendo a nuestro admirado Miguel de Unamuno, no quiere decir que se deje a la ciencia y la tecnología en manos de las potencias imperialistas. En su «sociedad civil realmente existente», en sus grandes y deplorables oligopolios a los que principalmente sólo les interesa obtener mayores ganancias. La labor y rol de la periferia se entiende aquí como la transferencia de recursos naturales y venta de fuerza de trabajo altamente especializada, formada en este caso en nuestras instituciones educativas. Lo que aquí se reivindica es el

³ Cfr. M. Berman, *Edad oscura americana. La fase final del Imperio*, México, Sextopiso, 2007 y S. Amin, *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

derecho a desarrollar la ciencia y la tecnología por fuera e independientemente de los caprichos de las naciones imperialistas.

El reto aquí es superar esquemas de explotación identificados con el sistema de reproducción capitalista. Que, a través de las humanidades, pero sobre todo del Humanismo, se fomente el espíritu crítico, cooperativo y solidario entre los individuos. Esto es como bien lo sabemos una vieja utopía pero que nunca ha sido ajena a las inquietudes de nuestra realidad. En particular cuando lo que se quiere es el reconocimiento de la dignidad de hombres y mujeres. Es esto lo que la historia ha enseñado a nuestros pueblos; pero es sobre todo lo que reclama la actual pedagogía orientada sobre un paisaje histórico cargado de tinieblas e incertidumbre. Pedagogía que rechace los criterios de un sistema educativo basado en competencias o en simple apéndice cognitivo para la reproducción capitalista bajo nuevas y sofisticados esquemas de alienación entre las clases trabajadoras o en todo el conjunto social. De otro modo de no ocurrir esto incluso como un mínimo intento, podemos pensar que entonces sí quedaremos eternamente condenados a reproducir la barbarie en sus más diversas y deplorables posibilidades. O bien, que no existe vacuna para erradicar y remediar definitivamente el supuesto “mal” del que somos portadores.

Pero a todo esto: ¿qué se entiende aquí por “mal”? Tal vez lo inmensurablemente incomprensible de la condición humana: La perenne y cruel violencia que, como menciona Nicolás Maquiavelo, responde a las oscilaciones de la historia. Por ello la encontramos unas veces más acentuada en algún lugar del mundo que en otro. Pero si la violencia es irremediamente un medio, lo que cabe preguntar es: ¿a quién beneficia? En particular cuando vivimos bajo el yugo e imperio absoluto del interés y del dinero. O en la obediencia ciega como fatal imperativo categórico impuesto desde los mismos infiernos de la dominación totalitaria de las naciones imperialistas de Occidente. Es frente a un paisaje tan rico humanamente, pero a la vez tan cargado de múltiples paradojas en las que no es posible sólo decir que todo es blanco o negro y sin matices. Vulgar maniqueísmo que parte incluso de pensar a la “sociedad abierta” en simples relaciones amigo-enemigo. Es aquí cuando se deben entender las diversas y complejas variaciones tanto de la barbarie reflexiva de esos imperios, como de la reflexión crítica. Pues lo que importa es comprender los términos de la dialéctica de una realidad histórica en la intimidad de sus múltiples variaciones. En las que – impecablemente – quien se levanta con todo su señorío y poder, es el “tiempo”. El cual puede tener o no signos inocultables de la forma en cómo interviene la Providencia en los asuntos humanos. Lo grave del asunto es evitar quedar subsumidos en impresentables referentes aleatorios que terminan por hacer imposible a la fuerza y proyección de sentido de las cosas a partir de la dialéctica entre los hechos y los acontecimientos en la historia.

En tal sentido no cabe más que aceptar que lo que al parecer tiende a ser un drama inevitable consistente en el enfrentamiento entre el Norte y el Sur, Latinoamérica y, si se quiere toda Hispanoamérica aglutinada en las “Lógicas del Sur”, vive y al parecer prefiere vivir en el drama de la proyección de su propia conciencia. Mientras que Europa, en particular en su lado Nortatlántico, se nos presenta soportando el drama de su anunciado vacío. Hay que mencionar que de nuestro lado nunca quedamos irremediamente atrapados en el drama de la Contrarreforma. Pero sí tal vez en sus invaluables inquietudes culturales. Ni quedamos atrapados en ese anguloso lado europeo del cual lo que se puede decir: que no ha explicado cabalmente en qué consiste vivir en ese laberinto carcelario representado por la escenificación histórica de la Reforma Protestante. Entendido todo esto sobre la base inaceptable de ser la esperada sustitución de los autonombrados pueblos

elegidos de la historia. Que participan del cuestionable don de la “Gracia”. O vulgar ideología de gruesas anteojeras y pretensiones salvíficas.

Al igual como ocurre en el campo educativo y sus complejos aparatos formales para la difusión y reproducción del conocimiento humano bajo la era del capitalismo, la filosofía se abre como un minado campo de batalla. En el que todo pasa a depender del modo de despliegue de lo que es y ha sido la inquieta y desbordante reflexión reconstructiva del pensamiento filosófico latinoamericano. Pasión y vocación reconstructiva en la que la centralidad del humanismo se ve como la invaluable propuesta no sólo de cambiar el orden de las cosas, sino sobre todo a la mente humana más allá de toda esfera de dominación, marginación o exclusión. Es decir, más allá de las formas de dominación, alienación y enajenación que han sido característicos de la historia de los últimos cinco siglos. Lo que se quiere es llevar a efecto nuestro propio compromiso histórico con una realidad en la cual se asume como propio las pretensiones de la más radical «sabiduría heroica». De este modo la “tópica” de la filosofía latinoamericana no es otra más que – en su «respectivo campo de certeza política» –, despliegue de sus inquietudes civilizatorias sobre las referidas condiciones de los modos en cómo se exponen los diferentes momentos del «estado ferino de la modernidad». Procesos históricos que, partiendo de la Conquista y la Colonia, no se deja de pensar sobre la condición de los “fámulos” que han habitan y han habitado en esta tierra.

Aquí el capitalismo es considerado en sus impecables logros y conquistas; pero también en sus crueles miserias. Por ello no deja de ser pensado como la era de la razón despiadada. Un tiempo histórico en el cual esta filosofía no deja de ser y reconocerse como parte de la ejercitación de un pensamiento que valora la función ingeniosa de la mente humana. E incluso el “humor” o, para decirlo con un fuerte mexicanismo, con el “relajo”⁴. Es con base a esto último que este humanismo abre también el poder de la palabra y sobre sus bases retóricas, asume el necesario cuestionamiento crítico de una realidad en la cual al parecer emergemos como simples entes marginales.

Es en las entrañas de nuestro profundo barroquismo que se cuestiona a una sociedad que en su dinámica es más dependiente de la voluntad técnica como modo de alienación de este tiempo. En el cual los «tecnócratas o verdaderos bestiones» afirman que no tiene ningún caso hacer filosofía. Que ella, al igual que los poetas de la República de Platón, deben ser expulsados de la lógica de la sociedad de mercado total o totalitarismo invertido. La defensa de la filosofía es, de este modo, parte de lo que se ha dicho, esto es, «sabiduría heroica» que debe insistir en, por un lado, recuperar su irrenunciable vocación crítica pensando para tal fin qué papel cumple hoy el Estado frente a tales condiciones de reproducción capitalista en la que todo es subsumido por la impecable lógica del mercado total. O nueva condición de la barbarie reflexiva que ha hecho del egoísmo y de la competencia sus principales coordenadas de y para la acción humana. Y, por otro, no renunciar a seguir luchando en contra de esa barbarie.

Cuestión que implica reconocernos en la trayectoria histórica de nuestros pueblos. Pero, por último, si bien para Giambattista Vico la relación entre armas y letras es necesaria e imprescindible en sus circunstancias históricas, hoy sabemos que tenemos que romper dicha relación otorgando a las letras un lugar privilegiado al interior de nuestro mundo civil. Se tiene que seguir trabajando en el sentido de hacer verdaderamente de las letras, el fundamento de una sólida convivencia civilizatoria, haciendo de las armas las cosas más

⁴ Cfr. J. Portilla, *Fenomenología del relajo*, México, FCE, 1984.

inútiles del mundo. Sabemos que esto es algo más que una simple idea e ingenua utopía quijotesca. De acuerdo. Pero en gran parte esto ha sido y es hasta hoy la historia de la filosofía latinoamericana: una verdadera montaña de ideas e ideales referidos a los múltiples desplantes utópicos a través de los cuales se descubre y redescubre la dignidad de todo ser humano mediante el ejercicio de una *paideia* “liberadora”. Pero para todo esto debemos entender que nuestra realidad y sus oscilaciones son parte constitutiva de un juego dialéctico de complementariedades en la que creemos que en última instancia serán los «verdaderos fámulos de nuestro tiempo» quienes, al dotar al mundo de nuevas certezas, contribuyan a despejar las tinieblas de esta crisis civilizatoria.